

Lisa Swann

Poseída

Addictive Publishing

En la biblioteca:

Tú y yo, que manera de quererte

Todo les separa y todo les acerca. Cuando Alma Lancaster consigue el puesto de sus sueños en King Productions, está decidida a seguir adelante sin aferrarse al pasado. Trabajadora y ambiciosa, va evolucionando en el cerrado círculo del cine, y tiene los pies en el suelo. Su trabajo la acapara; el amor, ¡para más tarde! Sin embargo, cuando se encuentra con el Director General por primera vez -el sublime y carismático Vadim King-,

lo reconoce inmediatamente: es Vadim Arcadi, el único hombre que ha amado de verdad. Doce años después de su dolorosa separación, los amantes vuelven a estar juntos. ¿Por qué ha cambiado su apellido? ¿Cómo ha llegado a dirigir este imperio? Y sobre todo, ¿conseguirán reencontrarse a pesar de los recuerdos, a pesar de la pasión que les persigue y el pasado que quiere volver?

¡No se pierda Tú contra mí, la nueva serie de Emma Green, autora del best-seller Cien Facetas del Sr. Diamonds!

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

EMMA GREEN

TÚ Y YO
QUE MANERA DE QUERERTE

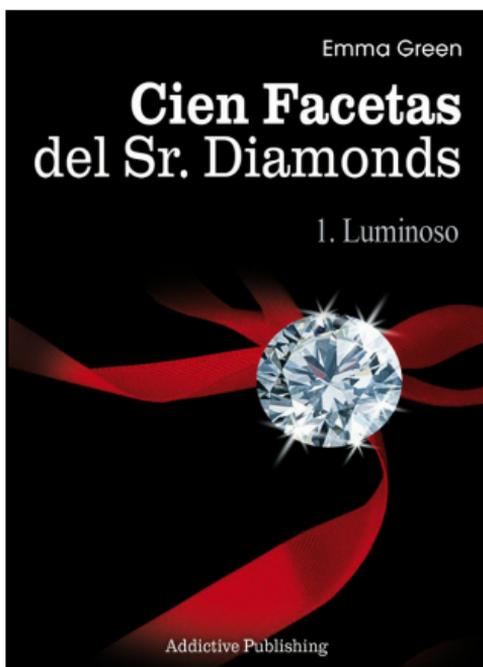
Addictive Publishing

En la biblioteca:

**Cien Facetas del Sr.
Diamonds - vol. 1:
Luminoso**

El Sr. Diamonds, personaje fascinante en más de un aspecto, va a seducir a la joven y guapa Amandine y a llevarla a descubrir un mundo hasta entonces desconocido para ella, hecho de lujo, placeres y, sobre todo, de relaciones carnales voluptuosas e insaciables. Pero, cuidado, tan sólo se ha entreabierto la puerta del deseo, ahora queda saber a dónde nos llevará...

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Todo por él

Adam Ritcher es joven, apuesto y millonario. Tiene el mundo a sus pies. Eléa Haydensen, una joven virtuosa y bonita. Acomplejada por sus curvas, e inconsciente de su enorme talento, Eléa no habría pensado jamás que una historia de amor entre ella y Adam fuera posible.

Y sin embargo... Una atracción irresistible los une. Pero entre la falta de seguridad de Eléa, la impetuosidad de Adam y las trampas que algunos están dispuestos a tenderles en el camino, su

historia de amor no será tan fácil como ellos quisieran.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Muérdeme

*Una relación sensual y fascinante,
narrada con talento por Sienna Lloyd
en un libro perturbador e inquietante,
a medio camino entre Crepúsculo y
Cincuenta sombras de Grey.*

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

A movie poster for the film 'Muérdeme I'. The top half features a close-up of a young woman with long dark hair and a young man with short dark hair. They are positioned in a dark, intimate setting, with the man's face partially visible as he leans towards the woman. The background is a deep red. The name 'SIENNA LLOYD' is printed in white at the top. The title 'MUÉRDEME' is written in large white letters across the middle, with a red Roman numeral 'I' centered below it.

SIENNA LLOYD

MUÉRDEME
I

Lisa Swann

POSEÍDA

Volumen 6

1. Rehén

Un auto se desplaza en la noche hacia un sitio desconocido.

Un maletero, suficientemente amplio, pero un maletero al fin.

Y en dicho maletero, yo, Elizabeth Lanvin *Frenchie* en Nueva York, empleada desde hace unas semanas en una de las firmas de abogados más importantes del mundo, Goodman & Brown, y locamente enamorada de su jefe, el guapo Sacha Goodman, con

quien el amor parecía, sin lugar a dudas, rimar con agitación y saltos.

No era que el resumen de la situación me hiciera feliz, sino que tenía necesidad de apuntarlo. Hallarme atada en el maletero de un auto, mientras Sacha me esperaba para una cita romántica no me hacía feliz realmente. Estaba aturdida, tenía dolor de cabeza, pues el agresor me había golpeado con violencia, y sobre todo, pero sobre todo... no tenía ni idea del por qué ni cómo de la situación.

Dios mío, ¿qué he hecho para merecer esto?

Me negué a entrar en pánico y mi primera reacción fue la de repasar mentalmente las últimas semanas. Con tal de no estar perturbada, aferrarme a algo. Y sobre todo, no gritar como loca porque, sinceramente, ¿quién quiere hallarse atada en el maletero de un auto?

¡Sin contar que tengo un dolor tremendo!

Así que era mejor no pensar en el día en el que me había quedado atrapada en un ascensor durante dos horas con unas ganas horribles de ir al baño, con los muslos apretados, bailando en el mismo lugar, y tan aterrorizada por la idea de morir de hambre en aquella cabina

minúscula, que me sentí aliviada y terminé por hacer pis encima. Cómo evitar pensar en aquella broma que le hice a mi compañera de la universidad, Jess, cuando me encerré en su guardarropa para sorprenderla, broma que se convirtió en una pesadilla cuando, en represalia, ella se apoyó contra la puerta y creí estar atrapada para siempre en el guardarropa.

No soy claustrofóbica. No soy claustrofóbica. ¡No soy claustrofóbica!

No, no lo era, pero como muchas personas, no me gustaban para nada los lugares confinados en los que no había optado permanecer.

Así que, si me ponía a pensar en los acontecimientos de los últimos días en busca de una explicación para este secuestro violento, era obvio que había un buen grupo de posibles sospechosos:

1 - Jesse Goodman, el padrastro de Sacha, tenía motivos para llevarlo a cabo y creírmelo culpable, porque había ayudado a sacar a la luz su relación con la mujer que casi se había convertido en la esposa de Sacha, Allisson Green.

Bueno, en cierto sentido, sin embargo, ya está en problemas hasta el cuello por así decirlo...

2 - Del mismo modo, Allisson tenía

razones para estar enfadada y rencorosa. Porque además de que su matrimonio con Sacha se había frustrado, había sido señalada por la tentativa de causarle muerte al sabotear su lancha rápida, y con la misma maniobra, intentar apoderarse de su participación en Goodman & Brown.

De nuevo, Allisson no tiene escapatoria. A menos que sea sicópata, creo que entiende que es mejor que la olviden por un tiempo.

3 - ¿Natalia entonces? La colaboradora de Sacha no era completamente inocente, aunque Sacha desde su accidente y la amnesia, se negó

a reconocer que ella había conspirado con Allisson en su contra.

¡En cualquier caso, he aquí a alguien a quien le gustaría verme borrada del mapa!

Pero hubiera sido realmente suicida de su parte poner en peligro su relación con Sacha, la cual la había librado de la justicia.

4 - Faltaba Ethan Goodman, el medio hermano de Sacha y amante de Allisson, celoso y con gusto por la bebida.

Es poco probable que él sea capaz de llevar a cabo un secuestro...

El auto aún traqueteaba libremente en el camino, estaba sin duda equipado

con buenos amortiguadores, o quizá íbamos sobre terciopelo... Mis brazos empezaron a crispase, atados firmemente a mi espalda, además de que la nariz me picaba y no tenía más opción que frotar mi cara contra el fondo del maletero para aliviar la comezón.

En resumen, no había avanzado más de lo que unos minutos antes, sobre la identidad potencial de la persona que me había secuestrado.

El auto se detenía en ocasiones, seguramente por los semáforos o las

paradas, antes de reanudar su viaje. Podía oír el ruido del tráfico del atardecer. Siempre podía tratar de gritar (pero estaba amordazada) o de tocar contra el interior del maletero para que alguien detectase mi presencia... Pero con tanto bullicio en la calle, había pocas posibilidades de que me escucharan.

Sacha...

Su rostro se me apareció de repente, debía estar esperándome en algún lugar, perdiendo la paciencia, asumía que no era mucho tiempo desde que me hallara en la cajuela para que empezara a preocuparse... pero el conductor que iba

a recogerme en la parte inferior del edificio ya debía haberlo contactado, ¿verdad?

¡Diablos, todo aquello era absurdo! ¡E injusto! Justo cuando todos los problemas parecían haber sido resueltos, justo cuando finalmente nos podíamos sosegar y amarnos sin miedo a nada.

Las lágrimas se asomaron a mis ojos. El auto se detuvo. Se escuchaba menos ruido afuera. El conductor apagó el motor. Dejé de respirar. La puerta se cerró y los pasos se acercaron al maletero.

No sé por qué siempre ocurre así en las películas, porque quien termina en mi situación comienza a retorcerse como un gusano cuando el maletero se abre, pero en cualquier caso, es lo que hago, y creo que es porque tontamente alimentamos la esperanza de poder liberarnos de las ataduras y saltar como un superhéroe fuera del maletero. No es más que una esperanza...

Sentí el aire más fresco sobre mí cuando el cofre se abrió. Traté de levantar la cabeza para ver a la persona delante de mí, pero no fue nada fácil al estar acostada, agazapada, sobre el costado, con los brazos atados a la espalda, y, finalmente, sólo vi unas

manos que se acercaban a mi cara para enfundarme una especie de gorro en la cabeza.

¡Vamos mejorando!

Un puño viril me aferró por el brazo y me arrastró fuera del maletero. La acción fue un tanto acrobática, no estaba realmente vestida para la ejecución, con mi vestido de noche en seda escarlata y mis tacones que se atoraron sobre el borde del maletero. El hombre – o quizá la mujer realmente forzuda - me atrapó antes de que terminara de rodillas en el piso.

No podía sostenerme en mis piernas,

me sentía como asfixiada bajo la capucha, lloraba como una magdalena murmurando detrás de la mordaza, y por un segundo, me dije que si mi última hora se acercaba, ni siquiera sabía los motivos...

Sacha...

Me aferré al recuerdo de su rostro y seguí tambaleante a quien me arrastraba con rapidez, me hizo descender por las escaleras, abrió una puerta, me hizo volver a caminar, y luego subir una escalera, una puerta y una segunda escalera, todo esto sin decir una sola palabra, sin necesidad de amenazarme porque estaba simplemente aterrorizada.

Le escuché abrir una última puerta. Me pasó una mano por la espalda. Y luego, finalmente, una voz.

- No se dé la vuelta.

Una voz de hombre. Sentí sus manos sobre mis muñecas al separarlas, y luego detrás de mi cabeza para desatar la mordaza, y finalmente levantar la capucha. Cuando sus manos se alejaron y me di cuenta de que la puerta iba a cerrarse detrás de mí, de inmediato me di la vuelta, a pesar de su orden, y tuve tiempo de ver su rostro antes de que la puerta estuviera completamente cerrada.

¡Maldita sea!, ¿por qué no había

pensado en ello?

Era el hombre que había visto varias veces en los últimos días. Cuando fui a comer con mi amigo David. Una mañana, delante del edificio de Goodman & Brown, cuando Sacha y yo llegábamos en coche. Y también el día de la partida de mi tía Maddie y su novio, cuando acabábamos de almorzar en un café. Y sobre todo... ¡el día de la boda frustrada de Sacha y Allisson, con motivo del gran escándalo en la iglesia! Me quedé boquiabierta, petrificada, mirando hacia la puerta cerrada.

Me sequé las lágrimas de las mejillas y me cuidé de no ponerme a sollozar

como una desdichada, luego me hice un ovillo. Después de sudar de miedo, de repente fui presa de temblores quizá más por los nervios que por el frío.

Me giré lentamente para ver dónde estaba. Era una habitación grande, con paredes revestidas, un interior más bien burgués y acogedor. Tenía que estar en una de esas viviendas antiguas de la ciudad con casas de sótano sobre la calle. Una enorme cama, un armario, una pared cubierta de libros, dos sillones grandes, uno de ellas cerca de la ventana...

Y ahí divisé, en la oscuridad, la silueta de alguien sentado.

Podían haber sido cinco minutos o tres días lo que estuve ahí, plantada cerca de la puerta, inmóvil, con los brazos apretados contra mí. Y acepté que tenía que asegurarme de que había otra persona en la habitación, era una locura, no tenía ni saliva, y mis labios estaban entumecidos.

- ¿Hay... alguien? pregunté en voz baja.

La forma se movió en el sillón, di un paso atrás súbitamente hacia la pared. ¡Maldita sea, era una verdadera película de terror esta noche! Puse la mano sobre el interruptor a mis espaldas y un candelabro se encendió. Iluminó un poco

de manera anticuada, pero al menos descubrí a quien se había movido. Una mujer de unos sesenta años, con el rostro devastado por las arrugas, una peluca rubia decolorada cual paja y que parecía haber sido quemada a fuerza de ser acicalada. Y como en una pesadilla, estaba maquillada burdamente, escurriendo por doquier, rímel en el rabillo de los ojos y un rojo brillante en la comisura de los labios.

¡Es como en Psicosis aquí!...

Ella me miró fijamente, tenía los ojos muy azules y me recordaba a alguien, o seguramente a una película que debía haber visto en la adolescencia, ¡una

película que debía provocar terror! Me lanzó una sonrisita pueril, luego agitó la mano de manera educada, cerrando los ojos, y emitió graciosamente «tss tss tss».

- Pero, ¿dónde tenía la cabeza? dijo con voz jovial. ¡Soy Gena! ¡Encantada!

Me tendió la mano sin levantarse, yo no me inmuté.

Gena, ese debía ser su nombre.

- ¿Dónde estamos? balbuceé.

Gena asintió y comenzó a acariciarse el puente de la nariz, concentrada.

Sonreía aún.

- Yo también tuve hermosos vestidos. De todos los colores, todas las telas, todas las formas y vestidos de modista, ¡qué tal!

Aún hacía ese pequeño gesto de la mano y sus crispantes «tss tss tss» entre cada frase. Ahora acariciaba su mejilla...

- Él me cubrió con regalos, yo era su princesa, ya sabe... Estaba loco por mí, incluso estuvimos a punto de casarnos.

Qué simpática, ¡será fácil comunicarse!

Mientras la Sra. Chiflada continuaba su monólogo (esperando un indicio sobre la razón de mi rapto), me acerqué desconfiada y me senté en el borde de la cama junto a ella. No parecía ser más peligrosa que eso.

- Malcolm, era un hombre que sabía guiarse, tenía clase, nada era suficiente para él, todo el mundo lo respetaba. Él me decía: «Gena, mi flama», sí, así es como él me llamaba.

De pronto, su semblante se tornó afligido. Ella era la única actriz de su película.

- Todas las mujeres celosas estaban

celosas mí. ¡Todas! ¡Incluso Margaret!
No, ella nunca lo habría admitido, como lo puede adivinar... Pero ella me envidiaba, miraba mis hermosos vestidos, las joyas y los perfumes. Decía que todo aquello no estaba bien, pero es porque ella habría querido vivir lo que yo vivía...

¿Margaret? ¿A quién se refiere?

Intervine en su monólogo.

- Gena, ¿quién es Margaret? osé preguntarle.

Pero la pobre mujer no me oyó, ella continuó representando el protagónico

de su vida.

- Por supuesto, no podía ser una mujer como yo. Margaret no tenía mi audacia ni mi belleza...

Con eso comenzó a enfadarme...

- ¿Gena? Eh, ¿Gena? Repetí, agitando las manos delante de su cara.

Sus ojos estaban vacíos y fijos, pero todavía se volvieron hacia mí, la había sacado de su trance.

- No nos hemos presentado, me llamo Gena, ¿y usted? –sonriendo bobalicona como un chiquillo. Tiene usted un

vestido muy bonito, por cierto. Ya sabe, me recuerda todos esos vestidos que Malcom me ofrecía...

- ¡Gena! Le grité, poniendo una mano en el brazo que hacía movimientos en todas las direcciones.

Ella profirió un nuevo «tss tss tss» pero, por lo menos, guardó silencio.

- Gena, ¿quién es Margaret? Le pregunté.

Ella me miró directamente a los ojos, y los suyos empezaron a brillar.

- Margaret crio a mi hijo, ella me lo robó, me lo arrebató.

¡Oh, diablos, estoy alucinando, todo esto va a cesar de un momento a otro, y voy a despertar!

- Le decía que estaba celosa -dijo Gena. Como no podía tener a Malcom ni los vestidos ni los perfumes, bueno, ella apartó a mi hijo. Nuestro hijo.

Ella bajó la cabeza, con lágrimas en sus mejillas.

¿Gena sería entonces la hermana de Margaret? ¿La madre de Sacha?

Era natural hacer el vínculo: Acababan de raptarme, después de haber descartado a los sospechosos que

imaginé, y, obviamente, no tener en cuenta un plan terrorista o un cliente descontento de Goodman & Brown, era necesario que encontrara un elemento familiar que explicara por qué estaba allí.

Rápidamente repasé la discusión que tuve con Margaret, la madre de Sacha, después de aquel accidente. En su casa en Southampton, ella me había confesado que Sacha no era su hijo, sino de su hermana, y que lo había adoptado con urgencia, pues su hermana temía que el padre del niño no se ocupara de ella y de su hijo.

Y no podía ser una coincidencia...

¡Oh no, no lo creo!

- ¡Gena! Le dije lo suficientemente alto como para devolverla a nuestra conversación.

Ella levantó la cabeza como un animal asustado. Me agaché y tomé su mano entre las mías. Suavemente. Para tranquilizarla.

- Gena, dígame, ¿está segura de que Margaret le robó a su hijo? ¿Segura de que no es usted quien confió su hijo a su hermana?

Un destello en sus ojos.

- ¿Y por qué habría hecho eso?
¿Usted está insinuando que habría abandonado a mi hijo?

- Gena, usted pudo haber sido forzada a hacerlo porque se sintió en peligro, le dije muy despacio para que no se estremeciera, y sobre todo para darme a entender.

Ella sacudió la cabeza y volvió a su «tss tss tss».

- No, respondió con firmeza. Ella me lo robó. Estaba celosa. Celosa del amor de Malcom.

- ¿Y si justamente hubiera tenido miedo de Malcolm, de que le hiciera daño a usted y a su hijo?, aventuré, muy

precavidamente.

- ¡Qué importa lo que usted diga, querida señora!, respondió antes de darme la espalda.

Bueno, nada qué hacer, está en su mundo, Gena...

Le oí murmurar «pequeña tonta», y creo que se refería a mí. Luego continuó su soliloquio en su rincón, con la cabeza mirando hacia la ventana:

- En especial me encantó el vestido verde, muy escotado en la espalda, que me había traído de un viaje. A Malcolm le encantaba cuando me lo ponía...

blablablabla... ¡Vaya progreso!

Sentada en el borde de la cama, me sentí agotada de repente y completamente perdida. Todo me recordaba a Sacha. ¡Estaba allí con su madre, su verdadera madre, una mujer completamente loca, que contradecía lo que Margaret me había contado y que Sacha ignoraba!

Me levanté y evité a Gena para tratar de abrir la ventana, pero no pude. Y detrás, de todos modos, las persianas estaban cerradas.

Lo cual no me dejaba muchas opciones para escapar...

Abrumada, volví a sentarme y me acosté en la cama. Tenía frío, estaba asustada, no comprendía lo que me estaba pasando, solo sentía que Sacha se enfrentaría a una verdad que no había considerado, la de sus verdaderos padres.

Dios mío, y yo que estoy al tanto...

Y, obviamente, no era Gena, obsesionada con su guardarropa de antaño, quien iba a aclararme el motivo de mi rapto. Una cosa era cierta, no podría ser ella quien lo había ordenado... No estaba en su sano juicio.

Me quedé dormida, aturdida por los

comentarios sin pies ni cabeza de Gena, quien continuaba parloteando, y por las lágrimas que no podía contener.

2. Bienvenida a casa de los locos

- ¡Despierte!

Me sacudió, no demasiado fuerte en verdad, pero lo suficiente para que no sea un despertar agradable. Abrí los ojos, envuelta en la colcha, con el cabello hecho un desastre y el maquillaje parecido al artístico de mi compañera Gena.

Un momento, ¿dónde está ella, de

hecho?

El tipo que me había secuestrado también fungía como servicio de habitación. Alto, grueso y gris, estaba de pie junto a la cama y, cuando tuve los ojos bien abiertos, me mostró la cómoda sobre la que había una bandeja con el desayuno, no la de un hotel de cuatro estrellas, únicamente aperitivos y algo caliente qué beber por lo menos.

- Levántese, dijo, en un tono que era lo suficientemente cordial para la situación. Volveré a buscarle en un cuarto de hora.

Dio media vuelta y salió de la

habitación. Escuché la llave dando vuelta a la cerradura. Había oscuridad en la habitación, las persianas estaban siempre cerradas, era difícil tener una idea de la hora o de cuánto tiempo había dormido. Me senté en la cama justo cuando una puerta en la parte trasera de la habitación se abrió (no la había visto, se confundía con el papel tapiz) y Gena apareció.

Acarició sus mejillas, recogió dos o tres mechones de su cabello seco e hizo una mueca divertida al descubrirme en la cama.

- Para empolvase la nariz, es por aquí, dijo, señalándome la puerta.

Es suficiente con el sanitario...

Me levanté, refunfuñando, y desapareció en el cuarto de baño cuando Gena me dijo:

- ¿Puedo ofrecerle un café, querida?

Sí, con un toque de leche...

Frente al espejo, mi aspecto daba miedo. Unas ojeras oscuras bajo los ojos, la tez lívida, el cabello hirsuto. Semejante cabeza para un vestido tan excelso, era casi indecoroso.

Si Sacha me viera así, no me reconocería...

No hay nada que hacer. Pasara lo que pasara, lo viviría con mi desaliño de espantapájaros en vestido de noche...

Cuando salí del baño, Gena había regresado a su sillón y tomaba un sorbo de su café, sujetando el platillo con elegancia. Me dirigió una sonrisa menos grotesca que ayer. Me disponía a reanudar nuestra discusión acerca de Margaret y el hijo que tenía, pero no me dio tiempo.

- ¡Qué hermoso vestido tiene!, comenzó. Ya sabe, me recuerda a un conjunto que...

Inmediatamente apagué el sonido. No

seríamos capaces de reanudar nuestra discusión. Me acerqué a la cómoda y me llevé la taza a los labios, pero de nuevo, no tuve tiempo para intentar nada, la puerta principal se abrió y mi secuestrador apareció.

- Le voy a pedir a ambas que me sigan, por favor- dijo sin traspasar la puerta.

A pesar de ello, tomé mi café rápidamente y estaba a punto de seguirlo, cuando ambos nos dimos cuenta de que Gena no se había movido de su sillón y continuaba su monólogo.

El hombre se puso a su lado sin que

ella se diera cuenta de su presencia y, gentilmente, con respeto, la tomó por el brazo y la hizo levantarse antes de dirigirse con ella, con calma, hacia la puerta.

¡Es un secuestro de lujo, al menos!

La puerta se había dejado abierta durante todo este tiempo, habría podido huir, pero extrañamente, no lo hice. Estaba, obviamente, a punto de tener las respuestas a mis preguntas, no había necesidad de echarlo a perder por el pánico. Además, ya no tenía miedo. Sólo me obsesionaba la tragedia que se avecinaba para Sacha.

Bajamos las escaleras lentamente, entonces el hombre de la sombra nos hizo entrar a un gran salón con una decoración bastante similar a la de la recámara. Anticuado, pero burgués y elegante.

Un hombre nos esperaba, de pie cerca de la chimenea. Se volvió a nuestra entrada. Oí el suspiro ahogado de Gena cerca de mí. Era Sacha delante de mí, Sacha con el pelo gris, un poco de barriga y un traje pasado de moda. Algunos toques de mal gusto también, un gran reloj de oro y una sortija igualmente llamativa.

Con clase, pero de otra época...

El hombre sonrió y se acercó a saludarnos.

- Señorita Lanvin, lo siento por esta invitación un tanto forzada.

Y mi mano entre las suyas todo el tiempo:

- Soy Malcom Strangley, el padre de Sacha.

Y aunque no parezco sorprendida, Malcom Strangley no pierde los cabales hasta ahora.

- Veo que no está realmente sorprendida, Elizabeth, ¿me permite que

la llame Elizabeth?

Asentí con la cabeza.

- Nuestra querida Gena debió haber hablado mucho esta noche, y a pesar de que no tenía mucho sentido, estoy seguro de que usted es lo bastante inteligente como para haber adivinado, en parte, el motivo de su presencia aquí.

Entonces nos señaló, a Gena y a mí, los sillones y el sofá de la habitación. Y continuó:

- Pero, por favor, acomódese, no tenemos mucho tiempo antes de la llegada de Sacha y me gustaría

explicarle con más precisión por qué tuve que usar este método poco elegante para hacerla venir a mí.

¿Sacha va a venir...?

Tomó el brazo de Gena y la condujo con gran atención hacia el sofá, donde yo también me senté, mientras él se acomodaba en uno de los sillones de enfrente. Gena, extasiada, suspiraba por su Malcolm con una mirada enamorada y lo colmaba de pequeños gestos seductores.

- Elizabeth, sé que probablemente me detesta por lo que pasó ayer, pero no tenía otra opción. Sacha es un hombre

reservado, casi inaccesible y como supuse que usted le importa mucho, fue mi único recurso.

No estaba segura de si estaba enojada o si sólo estaba exhausta, pero mi voz sonó muy fría cuando le contesté.

- Creo que siempre hay otros medios disponibles que la violencia y el rapto, Sr. Strangley, le dije.

Tomó un aire pesaroso que no me tragué por un segundo.

- Tenga un poco de clemencia conmigo, Elizabeth, cuando conozca toda la historia, estoy seguro que usted

se mostrará un poco más comprensiva.

- Le escucho, contesté.

Malcom Strangley se acomodó en su sillón.

- En la época en que conocí a Gena, vivíamos en Augusta, mi joven esposa y yo. Mi carrera política estaba en sus inicios, pero yo estaba realmente despuntando y tenía un gran apoyo. Después de todo, me había casado con la hija de una familia rica que prosperaba en la industria textil, mi suegro me había hecho entrar en el negocio familiar y no me faltaba talento en el área ni había para hallar mi lugar. Frecuentaba a las más grandes

personalidades, ya sea en la política, la industria y la cultura. Todo era muy emocionante. Y entonces conocí a Gena.

Extrañamente, porque nunca lo hubiera imaginado así, dirigió una mirada tierna a mi vecina de sofá. Y ví a Gena turbarse como una chica apenada.

- No había otras mujeres como Gena en el medio que frecuentaba. No conocía más que a mujeres de grandes familias, elegantes, pero frías, incluso mi querida esposa Eleonore, atenta, amorosa – Dios la tenga en su Gloria – era así. Pero Gena... Gena era un torbellino de locura. Era hermosa como una actriz de cine y también caprichosa. Impredecible. No

tenía miedo a nada y parecía que el mundo le pertenecía. Yo le pertenecí desde el momento en que nuestras miradas se cruzaron. Me volví loco. No comía, no dormía, no respiraba siquiera cuando ella no estaba cerca de mí. Asumí riesgos insensatos, la instalé en un apartamento en la misma ciudad donde vivía con Eleonore, la cubrí de regalos, incluso me hice acompañar por ella en algunas recepciones. Estaba dispuesto a dejar a mi esposa y todo lo que ello implicaba, el poder, el éxito, todo...

¡Maldita sea!, una nueva señal de alerta, voy a terminar por no saber quién está diciendo la verdad

La mirada de Malcolm por un momento se perdió en un pasado borrascoso y apasionado, luego sacudió la cabeza, con aspecto apesadumbrado.

- Pero lo que más me gustaba de Gena, su locura, su espontaneidad, su libertad, no era sino la parte fascinante de un problema más profundo y no me di cuenta inmediatamente. Tenía que convencer a Gena que había que esperar, que íbamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, que éramos el uno para el otro por siempre. Nos imaginaba como una pareja carismática: yo, el prestigioso político, y ella, mi esposa excepcional y excéntrica. Fue sólo un sueño, ya que comenzó a ser más

demandante: llamaba por la noche a mi casa, irrumpía en las recepciones a las que no había sido invitada, ebria de alcohol y furor. Yo ya no era capaz de contenerla. Tuvimos discusiones violentas, creo que también era parte de la pasión, y ahora reconozco que era un cobarde.

Levantó la cabeza para mirar Gena. Sin duda era su manera de pedirle perdón. Pero Gena comenzó a emitir su desagradable «tss tss tss» y Malcolm continuó su relato:

- Y entonces, Gena desapareció. De un día a otro. Sin dar ninguna noticia. Nada. Y entonces pensé que sería mejor

así.

Se tomó la cabeza con ambas manos.

- Como era un cobarde... Retomé mi vida en Augusta. Eleonore, quien ya estaba al tanto de esta relación, me perdonó y yo seguí mi camino hacia el éxito.

- Pero, señor Strangley, intervine. ¿Me está diciendo que no sabía que Gena estaba esperando un hijo suyo?

- Lo que me asombra, Elizabeth, es que usted no parezca sorprendida por la historia que le estoy contado, si me permite, reviró sin contestar a mi pregunta.

Por lo visto, voy a tener que mostrar mi juego...

- Margaret, la madre de Sacha, o al menos quien él cree que es su madre, me contó toda la historia, confesé. Pero no en estos términos, tengo que admitirlo, esto explica mi pregunta, señor Strangley.

Gena seguía nuestra discusión como lo habría hecho con un partido de tenis desde las gradas superiores.

- Bueno, te puedo decir, Elizabeth, que no tenía ni idea de que tuviera un hijo hasta el accidente del motor fuera de borda de Sacha. Fue un colaborador

quien me alertó, desconcertado por la similitud de Sacha conmigo, ya que había visto una foto de él. Fue muy fácil para mí para conciliar su edad y la desaparición de Gena y deducir que era muy probable que fuera mi hijo. Sobre todo cuando me enteré de quién era oficialmente su madre. Me había hallado con Margaret en repetidas ocasiones durante mi relación con Gena.

Iba a intervenir cuando él me interrumpió con un gesto de la mano.

- Déjeme explicarle cómo llegué a organizar esta pequeña reunión familiar, Elizabeth. Una vez que tuve la íntima convicción de que Sacha era mi hijo, lo

puse bajo vigilancia para saber más acerca de él y rápidamente me di cuenta de que su vida estaba lejos de ser simple. Usted parece ser el único elemento positivo de su existencia. En cuanto a Gena, tuve un poco de dificultad para dar con ella, pero finalmente logré afrontar lo que me negué a admitir en su momento, que estaba simplemente desequilibrada. Y es en un refugio psiquiátrico de Cincinnati donde fui a buscarla.

- Para una reunión familiar, habría podido usted imaginar una más amable, confiese, aventuré al tomar el toro por los cuernos.

Hay algo que no concuerda en todo

esto...

- Dígame lo que realmente motivó su reaparición señor Stranglely, porque tengo la impresión de que hay un poco más que un simple sentimiento paternal un poco tardío.

- Elizabeth, no tuve hijos, Eleonore no podía tener. Ahora que mi esposa murió, estoy solo, sin heredero...

- Deténgase entonces, no sé por qué, sigo convencida de que usted me está ocultando algo, yo no sé qué... Sacha es un hombre importante e influyente, acercarse a él no podría ser sino de su interés, ¿cierto? ¿Habría reaccionado de igual manera si él hubiera sido un obrero o cualquier cosa de menos

prestigio?

Malcom Strangley se pasmó y su rostro se puso tenso.

- No voy a negar que sería de hecho una ventaja en mi carrera política, dijo, pero también podría beneficiar a la carrera de Sacha, porque voy a ser elegido sin duda para el Senado en las próximas elecciones.

Asentí con la cabeza, había entendido. Pero no tuve tiempo de hacer más comentarios sobre la ambigüedad de sus motivos. El hombre de la sombra, y de la confianza de Strangley indudablemente, entró en la habitación y

Malcolm levantó la vista.

- Margaret y Sacha Goodman llegaron, señor Strangley.

¿Margaret? ¡Maldita sea, vamos a vivir una verdadera tragedia! Y Sacha que no debe sospechar nada... Sacha...

Sacha apareció, Margaret detrás de él, su mirada se posó de inmediato sobre mí. Me puse en pie de repente y él rápidamente le dio a Margaret el maletín que sostenía y corrió hacia mí para tomarme en sus brazos.

- ¡Dios mío, Liz, qué miedo tenía!, susurró en mi cabello, al besarme

suavemente.

Me acurruqué contra él y me levantó la cara para observarme. Él también tenía ojeras y el gesto endurecido, la noche debía haber sido mala y larga.

- ¿Estás bien?, me preguntó.

Asentí con la cabeza, sonriéndole, no era el momento de resquebrajarse (a pesar de que estaba al borde de las lágrimas, me sentí tan aliviada de verlo nuevamente) porque iba a necesitar mi apoyo en los minutos que seguirían.

Se volvió bruscamente a Malcom Strangley.

- ¿Quién es usted? -preguntó en un tono feroz. Espero que me explique qué significa todo esto.

Sacha era lo suficientemente inteligente para notar que esta historia no tenía nada que ver con un rapto y que no servía de nada ostentarse.

Gena se había levantado y balbuceaba, con los ojos brillantes. Malcom, también de pie, se acercó a ella y puso su brazo alrededor de sus hombros.

- Sacha, mi nombre es Malcolm Strangley y ella es Gena Bellrow.

La mirada de Sacha se fijó en la pareja formada por Malcom y Gena, y se oscureció por la duda como anticipando lo que iba a seguir. Después de todo, esta mujer tenía el mismo apellido de soltera de su madre, Margaret.

¡Aquí estamos, en el ojo del huracán!

Estreché la mano de Sacha fuertemente entre las mías.

- Sacha, digo, con la garganta seca. Ellos son tus padres, tus verdaderos padres.

Un grito ahogado se escuchó a

nuestras espaldas. Margaret acababa de dejar caer el maletín al suelo, y se llevó las manos al rostro, parecía tener problemas para respirar. El hombre de la sombra se abalanzó sobre ella y la sostuvo hasta un sillón, integrándola así a la simpática reunión familiar. Margaret, aterrorizada, miraba a su hermana quien, por su parte, no parecía reconocerla.

¡Pobre Gena, está completamente perdida!

Sacha era como una pesada estatua de piedra al lado mío. Y eso que aún no recordaba mucho de su vida antes del accidente, vaya que le daríamos una

primicia terrible.

Lanzó una mirada perdida hacia Margaret, quien jadeaba entre sollozos, hacia Malcom que no respiraba más, y luego a Gena cuyos «tss tss tss» y los movimientos del brazo se habían intensificado.

Tomé entre mis manos el rostro de Sacha, le obligué a mirarme directamente a los ojos, no tenía que desviar su mirada de la mía, mientras yo le decía todo lo que tenía que decir. Debido a que era yo quien le iba a contar todo.

- Sacha, estoy aquí, escúchame, te lo

ruego, susurré.

Alguien debería decirme por qué siempre me encuentro asumiendo este tipo de situaciones pues yo no me creo capaz...

Pero era simple sin embargo, quién mejor que yo para asumir este rol con confianza. Cómo amaba a este hombre...

Y le dije todo, desde mi punto de vista, la confesión de Margaret después del accidente y lo que la había motivado, es decir, la felicidad del hijo que había cuidado durante todos estos años, pero contrariamente que ella creía haber fracasado. Luego lo que había

comprendido a partir de los desvaríos de Gena durante la noche. Para finalizar con la conversación que acababa de tener con Malcolm Strangley, sin dudar de la veracidad de sus declaraciones, sino de lo que lo llevaba a reaccionar hoy.

Muchas veces Sacha trató de girar la cabeza para culpar abiertamente a alguien, pero yo sentí que ni siquiera sabía con quién estaba enfadado. Estaba perdido.

Durante el tiempo que hablaba a Sacha, con voz dulce y tranquilizadora, pero también derramando algunas lágrimas, los otros tres se quedaron allí,

sin inmutarse, esperando que caiga el hacha.

Al final de mis explicaciones, Sacha bajó la cabeza y respiró profundamente, todavía temblaba, entonces levantó la cabeza, tomó mi rostro entre sus manos y me dio un suave beso en los labios.

- Liz, gracias- dijo en voz baja. Cómo debes amarme para hacer esto y sobre todo tomando el lugar de los que habrían debido asumir la responsabilidad. Y cómo te amo por tener tal valor.

Sonreí. Se volvió hacia Malcolm.

- Dígame- le dijo. ¿Por qué me ha

solicitado un rescate por Liz?

Malcom guardó la compostura insólitamente, Sacha debía haberlo heredado de él.

- Porque estúpidamente, pensé que lo mejor era actuar en lugar de revelar, de golpe, mis intenciones.

Sacha negó con la cabeza, molesto. Lanzó una mirada abatida hacia Gena, luego hacia Margaret, quien le suplicaba con los ojos.

- Era inapropiado, es lo menos que se puede decir, apuntó. Todo este mal que se ha hecho y treinta años han pasado,

tengo una vida, aunque sólo la recuerde a medias. Soy el hijo de Margaret, son estos años lo que lo demuestran, me educó, me dio todo el amor que pudo, como pudo. Margaret es mi madre y me quedo con eso. No he sido parte de su vida durante todos estos años, continuó, señalando con un gesto de la barbilla a Malcom y Gena. Esto no cambiará hoy. No tengo que apoyar sus errores, me niego. Decido mi vida ahora.

Me tomó la mano.

- Elijo a aquellos en quienes puedo confiar, aquellos que me quieren sinceramente.

Se acercó al sillón donde estaba Margaret y yo le seguí. Le tendió la otra mano a su madre, quien se puso de pie. Luego nos condujo lentamente hacia la puerta. En el camino, se volvió a Malcolm y Gena, que estaban petrificados.

- No sé con quién debería estar enfadado ni siquiera si debo hacerlo, dijo Sacha. Sin embargo, sé lo que quiero y no es su historia en la que quiero creer.

Creo que todos diciendo la verdad, Sacha, su verdad, pero la locura de Gena cambió todo.

Nos acercamos a la puerta, pero se volvió de repente.

- Conserve su dinero, señor Strangley, comentó con tristeza. Dele un buen uso.

El hombre de la sombra nos abrió la puerta y nos fuimos sin mirar atrás.

3. Mi vida con Sacha: Instrucciones de uso

Al volante, Sacha se quedó en silencio unos minutos. Al parecer todavía estábamos en Manhattan. Mi secuestro no me había llevado muy lejos. Margaret en el asiento posterior y yo en el asiento del pasajero, apenas nos atrevíamos a respirar.

Puse mi mano sobre la de Sacha en el volante. En el siguiente semáforo en rojo, se volvió hacia mí con una mirada

tierna, pero angustiada.

Está devastado... ¿Quién no?

Esbocé una sonrisita.

- Estoy aquí, dije en voz baja. Todo esto no cambia nada entre nosotros.

- Lo sé, me respondió.

Más adelante, miró por el espejo retrovisor hacia Margaret. Estaba acurrucada en el respaldo y hacía su mejor esfuerzo para sollozar en silencio.

- Mamá, le voy a pedir al conductor que te lleve a casa en Southampton, si no te importa, le dijo Sacha apaciblemente.

Margaret se enderezó de repente en su asiento para agarrar por detrás los hombros de su hijo.

- Sacha, dijo, te pido perdón por haber mentido todos estos años. Tú eres mi hijo, te he criado como tal. Fue así por tantos años, me las arreglé para convencerme de que todo estaba olvidado, que la verdad estaba enterrada para siempre.

Sacha puso una de sus manos sobre la de su madre, mientras conducía. Miraba justo hacia el frente.

- Mamá, no estoy enfadado contigo, le aseguró. Mi memoria fragmentada

tiene ventajas a pesar de todo. Me siento más fuerte, menos vulnerable. Y me parece que tengo la opción de decidir sobre lo que haya sido mi vida y lo que quiero hacer.

- No te separé de Gena, Margaret siguió reprimiendo un sollozo. Te lo juro, te adopté porque ella tenía miedo...

- Mamá, Mamá, cálmate, te lo ruego. Todos necesitamos descansar, vamos a hablar de ello los próximos días, pero reconoce que te creo, no te preocupes.

Frente al edificio del apartamento de Sacha, él y yo bajamos y el conductor ocupó su lugar para acompañar a Margaret a casa.

Sentí pena por ella, pero también comprendí que Sacha tenía necesidad de estar solo (*por fin... conmigo*) después de todas estas duras pruebas. Estrechó a su madre fuertemente entre sus brazos antes de que ella volviera a su casa en Long Island.

En el ascensor, me atrajo hacia él, acariciando mi cabello.

- Dios mío, Liz, todo lo que te he hecho pasar, susurra. Y todavía estás aquí.

- No se puede decir que estés a salvo, Sacha... Lo que importa es que somos más fuertes que estos reveses, ¿no?

Para ser honesta, todavía no me cuento entre los vivos, después del terror del secuestro...

Cuando las puertas del ascensor se abrieron directamente hacia el vestíbulo del pent-house de Sacha, nos envolvimos en un beso apasionado que expresaba todo el temor que sentíamos.

- Has de necesitar relajarte, Liz, después de la noche que pasaste encerrada con esa loca, dice Sacha. Yo también, por cierto, no he pegado el ojo en toda la noche. Voy a procurarnos un buen baño.

Iba a marcharse, pero lo sujeté por la

mano.

- Sacha, sabes, creo que ninguno de ellos mentía. Puede ser difícil de aceptar, pero cada uno de ellos era sincero. Que Margaret haya estado o no celosa de su hermana, a quién le importa realmente. Lo que deforma todo, es el trastorno de Gena. Estoy convencido de que Malcolm estaba sinceramente enamorado de ella y se sintió devastado por lo que era.

- Lo sé, Liz. Yo estoy tan sorprendido como tú por el oportunismo de Strangley, del hijo hallado en plena campaña electoral. Puede que haya perdido parte de mis recuerdos, pero hay algunas cosas que sé o creo que sé

con certeza, y es que el hombre a menudo busca su interés en lo que hace.

Levanté una ceja, divertida.

- Bueno, bueno, le dije. ¿Y cuál es tu interés, Sacha, qué es lo que haces conmigo?

Comprendió mi tono de humor e hizo una sonrisa traviesa.

- Bueno, me parece tan evidente, Liz: La satisfacción de mis deseos...

Luego volvió para concluir nuestra discusión sobre el tema doloroso del día.

- Lo cierto es que estoy triste de que la mujer que me trajo a este mundo sea una desequilibrada, pero no puedo evitarlo. Si hubiera estado en su sano juicio, habría podido encontrar la manera de cuidarme, pero no es lo que pasó y lo lamento. Mi madre es quien ha cuidado de mí todos estos años. Creo que puedo convencerme de esta versión hasta el final de mis días. Mientras tanto, me gustaría que intentemos reanudar una vida normal y más ligera que las semanas que acabamos de pasar.

Luego desapareció por el pasillo y yo corrí a la cocina para vaciar la nevera. ¡Estaba realmente hambrienta!

Una vida normal y más ligera es exactamente en lo que nos hemos ocupado los días recientes. Vaya ligereza, hay que admitir, no había mucho que hacer, Sacha llevaba una vida de ensueño según mis antiguos estándares de estudiante parisina (*bueno, si olvidamos que le obsesiona su trabajo y le absorbe una buena parte del día...*).

Es verdad, nunca me imaginé llevar el estilo de vida que llevaba ahora, y que era también mi nueva normalidad. Nunca más fines de mes difíciles, después de pasar mis días corriendo

entre la universidad y el trabajo. Nunca más alojarme en casa de mi tía, bueno, no era lo peor, pero al menos sentía la casa de Sacha como la mía y si me hallaba con un hombre desnudo en la cocina por la noche, bueno, era mi amante (*¡y qué amante!*) y no el de mi tía, que cambiaba cada dos meses.

No, en serio, habría sido una locura que me quejara, ¿verdad?

Pero había un tiempo para cada cosa, a pesar de todo. Por normalidad incluyo: Permanecía como empleada de Sacha en Goodman & Brown. Y desde un punto de vista práctico, el salario que obtenía era casi inapropiado en la medida que

no tenía gastos, Sacha cubría todas mis necesidades. *Y me refiero a TODAS mis necesidades...*

Sin embargo, teníamos nuestra pequeña rutina de pareja profesionalmente activa. Si podemos separar de la noción de rutina el lugar donde se llevaba a cabo. Debido a que levantarse en el pent-house de Sacha cada mañana para ir a trabajar, tomar el desayuno en la cocina con paredes de cristal con vistas hacia el amanecer en Manhattan, pasar media hora en un vestidor más grande que mi antigua habitación en casa de Maddie para elegir un traje entre una docenas por estrenar que ahí se hallaban, y luego

subirse a un auto con conductor para ir a la oficina, no era para nada la rutina que hubiera podido imaginar que viviera con un eventual compañero, el día que me caí de la bicicleta delante del auto de Sacha.

¡Hablar de normalidad, y más bien se parece a un cuento de hadas!

Así que, sí, teníamos esos pequeños detalles de pareja locamente enamorada que hacen de estos momentos cotidianos menos rutinarios... Hmm, si se consideraba una pequeña atención hallar un pendiente de diamantes dentro de un pan recién horneado a la hora del desayuno... Pero había cosas más

simples, miradas de enamorados, caricias afectuosas cuando nuestros cuerpos compartían el mismo espacio, su mano halando un mechón de mi cabello, con la mía enderezar su corbata...

No, la vida con Sacha no era nada comparado con lo que había podido soñar, simplemente porque Sacha no tenía nada en comparación con ningún otro hombre. Se las arregló para transformarlo todo. Una mirada, una sola palabra podía cargarse de un tono sensual que no podía resistir.

Pero, cuidado, durante el día en Goodman & Brown, ¡nada de dejarse

llevar! Sacha volvía a ser el estricto jefe de un prestigioso despacho de abogados y yo la joven colaboradora que tenía todo por demostrar y tenía energía de sobra para hacerlo, sobre todo para protegerme de la depredadora que todavía rondaba por ahí.

- No te va nada mal, Liz, pero no te va a durar, me amenazó una mañana Natalia, que acababa de entrar en mi oficina y cerró la puerta detrás de ella.

Así es, golpea suavemente...

Miré por encima de los documentos que estaba anotando. A pesar de que Natalia era bastante atractiva, era una

locura como la maldad podía convertir a alguien en una cosa atroz.

- ¿A qué te refieres, Natalia? ¿Un asunto actual? ¿Mi gusto para la ropa? Respondí con despreocupación.

Nada como eso para aumentar la furia existente...

- Hablo de tu espontaneidad y candor, lo que, me parece, a Sacha le gusta mucho de ti, continuó mientras sonreía. Ya habrá un momento en que despierte para ver que no eres más que una chica alocada, sin talento y sin ambición. Y ciertamente no es lo que necesita.

Empecé a masticar mi bolígrafo, frunciendo el ceño.

- Dime, ¿no es una cantaleta que alguna vez ya me has dicho? Le pregunté. Hemos visto cómo terminaron tus predicciones, ¿no? ¿Y si el problema fuera al revés, Natalia? ¿Y si una mañana, Sacha despertara preguntándose cómo ha podido ser amigo todos estos años – También te recuerdo que él no se acuerda realmente de esta amistad - de esta ponzoñosa que no le quiere bien? Si Richard no estuviera ahí para cubrirte, y me pregunto por qué lo hizo, no daría mucho por tu trasero.

Y tendría que saber algún día por

qué Richard la protege así...

Y aunque yo pensaba que me estaba defendiendo bien, era siempre muy difícil desestabilizar a esta perra.

- No juegues con mi paciencia, Liz, y preocúpate por lo tuyo, reviró antes de girar sobre sus talones y salir azotando la puerta de mi oficina.

Prefería no hablar de estos episodios desagradables con Sacha, porque ocurrían con regularidad. Dios sabe qué mosca había picado a Natalia aquellos días, cuando llegaba de repente a mi oficina a soltarme sus palabras llenas de veneno. Pero la vida de oficina no me

dejaba tiempo para insistir demasiado. Me dieron responsabilidades, ponían a prueba mis habilidades y yo me esforzaba por mantener a Sacha cálidamente en un rincón de mi corazón cuando me involucraba con ímpetu en mi trabajo.

En cada reunión, evitaba cruzar por demasiado tiempo la mirada con mi ardiente amante, aunque toda su mente estaba concentrada en los retos profesionales, era simplemente la carne que a veces se manifestaba a pesar de él mismo, y yo misma tuve en varias ocasiones algunos bochornos en la sala de reuniones sólo porque me pareció mirar un brillo travieso en los ojos de

mi jefe...

No se ha conocido vida profesional más difícil...

Continuaba almorzando regularmente con colegas de oficina quienes eran también mis amigos, David y Helen, que nos habían apoyado, a Sacha y a mí, durante los contratiempos de las últimas semanas.

A veces la puerta de mi oficina se abría y no era Natalia sino Sacha con la mirada nublada por el deseo quien cerraba la puerta tras de sí, bajaba las persianas y se lanzaba a devorar mi boca a besos, y luego huir cinco minutos

más tarde, riéndose al verme despeinada y aturdida a su paso, me lanzaba un rápido «hasta la noche, hermosa mía» antes de desaparecer.

Hallaba otras formas igualmente sorprendentes de colarse en el transcurso de la jornada.

¡Cling! Hizo mi computadora para avisarme de la llegada de un nuevo correo, una mañana cuando acababa de llegar al trabajo.

¡Un correo electrónico de Sacha! Era raro que me escribiera. Después de todo, estábamos a unos metros de distancia uno del otro y él prefería los

SMS.

De: Sacha Goodman
Para: Elizabeth Lanvin
Asunto: Perdón

Busqué en tu bolsa esta mañana antes de salir. Quería disculparme por ello. *Uh, sí... Bueno, realmente no sé qué decir.*

De: Elizabeth Lanvin
Para: Sacha Goodman
Asunto: ?

No tengo nada que ocultarte, Sacha,

lo sabes.

La respuesta no se hizo esperar.

De: Sacha Goodman

Para: Elizabeth Lanvin

Asunto: Desenmascarada

He encontrado preservativos en el bolso. Los tiré.

¿Bromea con eso?.. Obviamente tengo condones... Eso no nos lleva a ninguna parte...

De: Elizabeth Lanvin

Para: Sacha Goodman

Asunto: ? (bis)

¿Y para qué crees que me sirve eso, en tu opinión? ¿Y sobre todo con quién?

Negué con la cabeza enfrente de la pantalla de mi ordenador. ¿Por qué no me lo había contado en el coche si tenía dudas acerca de mí? ¿Y cómo podía imaginar que tuviera otra relación? Estoy locamente enamorada de él, un ciego lo habría visto y yo paso todo el tiempo con él. Empezaba a sentirme incómoda, acusando ya a Natalia de haber asestado un mal golpe. La respuesta de Sacha llegó como un

enigma, sólo un nombre y un número de teléfono.

¿Qué con ello?

Me levanté de inmediato y me dirigí a grandes pasos a la oficina de Sacha. Una mirada a Helen me confirmó que estaba solo y que tampoco estaba en línea. Abrí la puerta de repente, la cerré sin azotarla aunque temblaba sin saber siquiera por qué.

Sacha me miraba con una pequeña sonrisa.

- Y bien, ¿no has respondido a mi mensaje, Liz?

- No, porque no entiendo lo que me dices, también porque he preferido discutirlo de frente.

- ¿Quieres saber quién es esta persona de quien te di el número?

- Sacha, principalmente quiero saber por qué me hablas de preservativos, queriendo insinuar cosas que parecen totalmente fuera de lugar, dado lo nuestro.

- El número de teléfono es el de una ginecóloga, Liz. Pensé que no conocerías una en Manhattan.

Me quedé sin palabras, con la impresión de que estábamos hablando de cosas distintas. Sacha se levantó para unirse a mí y darme un beso sutil en los

labios.

- Liz, estoy cansado de estas cosas a las cuales siempre hay que considerar, cuando no tenemos necesariamente ganas de pensar en ello.

¡Así que eso es! ¡Sólo eso! Y yo que creí que insinuaba otra cosa...

- Quiero que todo sea natural entre nosotros, tengo ganas de sentirte realmente, tengo ganas de pensar que podemos confiar el uno en el otro, que esto dure por un largo tiempo.

Respondí a su dulce beso, a pesar de que todavía estaba bajo el impacto de

mis primeros temores. Sacha regresó inmediatamente detrás de su escritorio emitiendo una risita, como la de un chiquillo.

- Maldita sea, Sacha, lo hiciste a propósito para que entrara en pánico, ¿cierto?

- Llama pues a esta ginecóloga, Liz. Ella te recetará un análisis de sangre y una píldora.

Y mientras yo todavía estaba allí de pie, con la boca abierta.

- Llama, repitió riendo, ¡antes de que me entren unas ganas repentinas de probarte que te amo, aun cuando el

condón está roto!

Vaya, Sacha sabía muy bien ser mandón, un entusiasta de las bromas. Aunque yo no conocía muy bien este último aspecto de su personalidad. Con las semanas infortunadas que habíamos pasado, no teníamos mucho tiempo para divertirnos... Y las llamadas frecuentes de Malcom Strangley seguían ahí para recordarnos que el pasado no estaba muy lejano.

Pero estábamos tratando de recuperarnos, competíamos con imaginación a quién de los dos

sorprendía más al otro. Cada uno con sus propios medios, por supuesto... La noche cuando Sacha me llevó a Saks Fifth Avenue, *la* tienda de las grandes marcas, anunciándome que el establecimiento nos había hecho reservas para la noche, casi me desmayé. Cuando vio mi semblante desconcertado ante las edecanes que estaban alineadas para recibirnos, estalló en risas.

- Muy bien, Liz, ¿llamo a los bomberos de inmediato o antes debo prevenir un camión de mudanzas?

Balbuceé un par de «Gracias» intercalados con «oh». ¿Quién no ha

soñado con estar encerrado toda la noche en una tienda así, como un niño que sueña con pasar una noche en una tienda de juguetes? Nunca habría imaginado que fuera posible probarse tantos vestidos, zapatos, joyas, etc. Creo que incluso me provocó empacho, luego fue imposible no considerar hacer una sesión de compras hasta el final de mis días. Sacha se reía, con una copa de champán en la mano, mientras que improvisaba para él los gestos de una modelo en el podio. Fue una noche brillante.

Pero también fui capaz de sorprenderle. De manera más simple, eso es cierto, pero ¿no había perdido él

un poco la noción de medida al llevar la vida que llevaba? Regresé una noche antes que él y le preparé una noche a mi manera. Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo del apartamento, fue asaltado por el olor a feria.

Yo esperaba en la sala de estar, que había sido transformada para nuestra noche, en un sueño adolescente: máquina de hot dogs, otra de palomitas de maíz, un tazón gigante de refresco, pirámides de donas, una variedad de *street food* se había dispuesto para nosotros, y los sofás habían sido retirados para dar paso a una multitud de grandes pufs donde uno podría desaparecer.

En jeans y camiseta ajustada, plantada en medio de este desorden adolescente, le di un control de juegos de vídeo.

- ¡Vamos, te apuesto a que te gano en Mario Kart! Le dije a Sacha con un aire de desafío juguetón.

Sacha jugó con placer e incluso me confesó que nunca había pasado una noche así desde que era joven.

Nos fue fácil olvidar el pasado en estas circunstancias, pero es raro que el pasado olvide...

4. Los buenos viejos tiempos

La presencia de Sacha siempre era solicitada en cualquier evento cultural. Era un hombre influyente en este medio donde, a menudo, había desempeñado el papel de mecenas. Amante del arte - su apartamento ciertamente rivalizaba con algunos museos – terminaba por apoyar a jóvenes artistas.

- Se trata de inversiones, Liz, ya sabes. Yo apuesto por el futuro. Ese es

mi lado divertido, me aseguró mientras íbamos en el coche, una vez más, a la inauguración de una exposición.

- No me digas que únicamente es por el valor financiero del arte que te interesa, Sacha, no lo creo ni por un segundo.

Me dirigió una mirada divertida.

- ¿Eso te molestaba, Liz?

- Un poco, sí, sobre todo porque sigo convencida de que es falso y de que estás realmente interesado en el trabajo de aquellos a quienes ayudas o de quienes compras sus obras. Tal vez simplemente no quieres admitirlo, concluí con una sonrisa.

- ¿Y por qué, en tu opinión, habría de hacer eso?, me preguntó.

Me encogí de hombros.

- No lo sé, tal vez porque confesar que te interesas en estos artistas, que deseas que tengan éxito, sería confirmar que les prestas cierta atención, si no es que una especie de afecto...

- ¿Estás insinuando que es algo que no puedo asumir, Liz?

- ¿Qué, Sacha?

- Tener afecto por alguien.

Puso su mano en mi rodilla. *Siento que esta discusión puede rápidamente empeorar...*

- Tal vez no, le contesté. Pero puede que te resulte difícil mostrarlo. Sin duda, tienes la impresión de que eso te hace vulnerable... Yo, creo que te hace más sexy, añadí con una mirada insinuante.

Él se rió levemente.

- ¿Y de verdad crees que es importante que estos artistas me encuentren sexy? dice.

Se inclinó para besarme.

- En cualquier caso, asumo absolutamente el efecto que me haces, Liz, me susurró en el cuello

prodigándome besos tiernos. Nunca hubiera creído que una mujer en traje de pantalón pudiera provocar tal efecto...

Reí placenteramente.

- Es la magia del Saks, le contesté.

- ¡Oh, no, señorita!, el toque francés ayuda bastante, agregó, antes de recuperarse de la tos. Bueno, no hay necesidad de llegar a la galería en este estado... sobre todo porque podría haber gente guapa. Se trata de los cinco fotógrafos más destacados del momento que hoy exponen y creo que todos estamos ansiosos por descubrir el alcance de su trabajo.

Frente a la galería del barrio de Chelsea, hacíamos fila para entrar en trajes de noche. Al parecer, era el evento del día. Al salir del coche, me percaté de algunas caras conocidas del medio del espectáculo.

¡Diablos, un evento social para ponerme a prueba! ¡Afortunadamente Sacha está conmigo, de lo contrario, moriría de vergüenza aquí mismo!

- Aquí tienes, dijo Sacha al consultar el catálogo. Uno de los fotógrafos es francés, Max Kult. No estás perdida, habrá por lo menos un compatriota esta noche.

Él sabía lo mucho que podía estar impresionada por este tipo de ambiente. Los primeros minutos por lo menos y, enseguida, del brazo de Sacha, encontré un poco de confianza y naturalidad que regresaba al galope.

- ¿Me esperas? dijo entregándome el catálogo. Voy por dos copas de champán para nosotros.

No tuve tiempo para convenir que podía acompañarle cuando él había desaparecido entre la multitud. Esperando a su regreso, me decidí a ver la presentación de la exposición. El tal Max Kult fue anunciado como «el nuevo Helmut Newton»... *¡Guau, nada menos!*

Y es verdad que sus clichés de mujeres-objeto, aunque algunos me molestaban, no les faltaba clase. Levanté la cabeza, en busca de Sacha, pero mis ojos se cruzaron con alguien a quien no quería ver de ninguna manera, y nunca hubiera imaginado toparme en público después de los recientes acontecimientos.

Allisson Green.

Mira que no le faltan agallas... Todo Manhattan debe estar al tanto de su matrimonio fracasado y tal vez las razones de esta catástrofe... ¡Y ella tan campante!

Por no mencionar, por cierto, que

llevaba un perturbador vestido escotado por la espalda, su larga cabellera rubia rozando su piel descubierta. Un auténtico aire de actriz... Tal vez esa belleza le hace un tipo de blindaje a toda prueba... Tal vez estaba a tal punto hermosa que nadie se atrevía a acercarse para preguntarle si se estaba recuperando del escándalo de su matrimonio anulado...

Ella me vio también y, aún de lejos, vi que sus ojos lanzaban destellos asesinos. Pero se dio la vuelta y desapareció entre el público de la exposición.

- Estás lívida, Liz, me dijo Sacha que llegó justo en ese momento. ¿Segura que estás bien?

Tragué saliva.

- Allisson está aquí, Sacha, y ella me vio, le respondí, con un nudo en la garganta.

- Sí, ¿y luego? También la vi cerca del bar, y te puedo decir que la desdeñé con la mirada, debió entender que más le valía no acercarse. Es lo suficientemente inteligente como para comprender que esta advertencia también va por ti.

Seguía en pánico a pesar de todo.

- Liz, Liz, repitió Sacha. No tienes de qué preocuparte. Recuerda que ella es la que está en problemas, no tú. Y ella lo sabe, créeme.

Asentí con la cabeza.

- Bueno, un poco de burbujas te harán bien, me dijo, entregándome la copa de champán.

Me tomó de la mano y comenzamos a caminar por la galería para admirar las obras de los fotógrafos. No podía creer que Sacha sólo estaba interesado por el valor financiero de las obras, sus comentarios sobre lo que veíamos eran siempre cultos y llenos de referencias.

Cuando nos detuvimos delante de la foto de un paisaje industrial con visos post-apocalípticos, alguien tosió a nuestras espaldas. Nos dimos la vuelta para descubrir, a algunos pasos de nosotros, sin estar demasiado cerca, a Ethan Goodman, con un vaso de un líquido traslúcido en la mano (*¡El señor aún recurre al vodka por lo que veo!*).

Sacha y yo tuvimos la misma reacción de vergüenza, sin saber qué decir ni qué hacer. Por mi parte, me quedé mirando estúpidamente el vaso de Ethan, imaginando que podía ser un mal presagio.

- Es agua, Liz, aclaró Ethan,

levantando su vaso. Estoy empezando a apreciar esta bebida, continuó, sonriendo, pero sin mala intención. Hey, Liz. Respira, no tengo la intención de molestarles.

Luego, volviéndose hacia Sacha:

- Buenas noches, Sacha. Me imaginaba que te hallaría aquí. Lo creas o no, pero me alegro de verte.

Después de un momento de vacilación, Sacha le tendió la mano a su medio hermano.

- Yo también, Ethan. En estas condiciones, yo también.

A pesar de la estatura y corpulencia, Ethan tenía un aspecto deplorable, luego pareció armarse de valor antes de hablar:

- Fui a ver a mamá en su casa, Sacha, ella me contó lo que has pasado, también me dijo lo que te ocultaba. Yo no estaba al tanto.

Sacha se tensó, a la defensiva.

- ¿Por qué te ha contado todo esto? No te incumbe en nada, Ethan. Es mi vida, y la de mamá también.

Ethan hizo un gesto apacible con la mano, algo inusual de su parte.

- Espera, Sacha, creo que mamá tiene una necesidad auténtica de la verdad en este momento. Es lo que entiendo. No ha sido mal intencionado de su parte el hecho de que me contara tu historia. Creo que nunca fui consciente de todo lo que tuvo que soportar, ni de lo que tú has vivido.

Él negó con la cabeza, con aspecto sinceramente arrepentido. Tomé la mano de Sacha en la mía.

- Me crié como un buen perro de ataque de papá, Ethan continuó. El tiempo que pasé con mamá fue doloroso, puedes creerme, pero definitivamente, era el momento de que me abriera los

ojos, que madurara, ¿cierto? Un mal por un bien, se puede decir. Aunque todo el mundo diga habladurías...

Tenía aún la cabeza gacha, como si tuviera miedo de cruzar la mirada con Sacha.

- Podría haber sido mucho peor, Ethan, intervine. Sacha estuvo a punto de morir, te lo recuerdo.

Sacha seguía mudo. Cuando Ethan alzó el rostro, sus ojos brillaban.

- Sí, sí, lo sé, Liz, dijo, abrumado. Después, dirigiéndose a Sacha: Sacha, sé que este no es el momento ni el lugar,

pero yo...

Las palabras se ahogaron en su garganta y se obligó a mirar a su medio hermano directamente a los ojos.

- Pero yo quiero disculparme por lo que hice y lo que haya podido hacerte sufrir, dijo. Luego, ante la falta de reacción de Sacha: Y sí, ya sé que es un poco tarde, pero no es así, creo que no es demasiado tarde para pedirte que me perdones. Y también, que intentemos... si aceptas... tener una relación diferente a la podrida que tuvimos antes.

Sacha no se movía, luego dio dos pasos hacia adelante y tomó a Ethan

entre sus brazos.

Y esta vez, decidí dejarlos que se dijeran lo que les preocupaba (*¡todo esto es realmente increíble!*) y continuar deambulando por la exposición.

Ahora estaba en la parte de la galería dedicada al famoso Max Kult y las paredes estaban cubiertas de fotografías en blanco y negro representando a mujeres que tenían un aspecto más de androides que de pin-up, lo que no les impedía ser agresivamente sexys.

¡Guau, qué delirante ese Max Kult!

Me quedé unos minutos delante de cada foto antes de sentir una mirada insistente sobre mí. Convencida de que se trataba de Sacha observándome de lejos de manera amorosa, pero aún de manera reservada, me volví con una sonrisa linda justo para él.

¡Pero no era él!

Y al reconocer al hombre que me observaba sin apartar la mirada, mi sonrisa se convirtió en un «oh» estupefacto. A una docena de metros de mí, el hombre – de estatura mediana y delgado, vestido completamente de negro, pelo largo y castaño, pequeñas gafas redondas y barba de candado bien

recortada – rió a solas y caminó directamente hacía mí, con aire de regocijo y tan sorprendido como yo. De repente me estrechó en sus brazos, sin siquiera pedirme permiso.

- ¡Hey!, exclamó. ¡Liz! ¡Si hubiera esperado hallarte aquí esta noche! Es una locura, ¿no? dijo, tomándome por los hombros esforzadamente, con aire de asombro.

- ¡Maxime! Alcancé a decir, casi sin aliento. ¿Cómo estás? Han pasado años, ¿verdad?

- Apenas cuatro años, querida, ¿o quieres vernos más viejos? Dios mío, y hay que ver el bombón en el que te has convertido, continuó, haciéndome girar

como un trompo delante de él. ¿Dónde está mi pequeña estudiante de Bellas Artes recién llegada de su provincia?

- Tenemos que terminar la llegada un día, ¿verdad? Le respondí con una sonrisa. Ahora me mudé a Nueva York. ¿Y tú? ¿Qué es ese pelo largo, la nueva moda en París o tienes miedo de envejecer?

En la época en que conocí a Maxime, a mi llegada a París a los 19 años, era más bien pijo. Él tenía cinco años más que yo, pero era relamido, y ahora me he topado con un chico a la moda y extrovertido. *¡Todo mundo cambia!*

- Yo vivo en Nueva York, sabes, me

dijo. Así que la moda de París... todo eso me parece lejano. Y de hecho, Maxime, eso era antes, querida. Hoy es Max. ¡Max Kult!

¿Así que era él, el gran fotógrafo de moda? ¿Él, el único otro francés de la noche?

Me quedé boquiabierta. Al momento de estrecharme nuevamente entre sus brazos, sin detenerse por formalidades, por supuesto, justo entonces vi a Sacha aparecer a espaldas de Max.

Sacha tosió.

- Uhm, ¿no les molesto? preguntó, con

gesto adusto por los celos.

Me deshice como pude del abrazo de Max para hacer las presentaciones, teniendo cuidado de alejarme de mi ex amante (*Sí, tenía una vida antes de Sacha...*) para acercarme a mi enamorado actual y tomar de la mano a este último. Max inmediatamente puso una mirada curiosa en estas dos manos entrelazadas.

- Sacha, te presento a Maxime, mejor conocido como Max Kult. Han pasado cuatro años que no nos habíamos visto, ¿eh, Max? Y Max, te presento a Sacha Goodman.

Luego, ¿qué habría podido decir? ¿Mi prometido? ¿Mi amante? ¿Mi enamorado? ¡Ciertamente no «mi jefe», en todo caso!

Pero Max no precisaba de detalles, puesto que el brazo de Sacha había pasado de forma dominante alrededor de mi cintura. En cambio, inmediatamente reaccionó al nombre de Sacha.

- Sacha Goodman, ¿como el Sacha Goodman del cual la galerista no ha parado de decirme que venía esta noche? Guau, encantado, señor Goodman, dijo, extendiendo la mano para estrechar la de Sacha.

Sacha dudó por un segundo antes de conceder.

Oh, los celos cuando nos ciegan...

- En todo caso, Liz, tú has cambiado, estás simplemente hermosa, dijo Max mientras me devoraba con la vista de pies a cabeza, pasando por partes anatómicas estratégicas.

Me ruborizé al ser vista de tal manera. Y sentí a Sacha tensarse contra mí.

- ¿Sabes que podrías ser mi modelo?, por así decirlo, continuó el atroz Max. Como en los viejos tiempos, ¿eh?,

añadió con una sonrisa.

Pero al lado mío, conocía a otro que no se reía en absoluto. Por un segundo, creí que iba a agarrar por el cuello a Max para arrancarle los ojos de las órbitas, aquellos que se habían arriesgado para regodearse con todas mis curvas.

Dios mío, ¡calma, machos!

Sacha inclinó la cabeza hacia mí y me susurró al oído:

- Vamos, Liz. Ha sido demasiado para una noche.

Levanté la vista hacia él con mirada avergonzada, preguntándome cómo íbamos a deshacernos de Max, pero Sacha se adelantó:

- Bueno, me alegro de haberle conocido, Sr. Kult, y estoy encantado de haber podido ver su trabajo... (*¡Mentiroso, no viste nada!*), pero me temo que nos vemos forzados a dejarle. Liz, te espero en el auto.

De acuerdo, no quería ver los «adioses», yo no iba a extenderme. Max volvió a mirarme desde que Sacha se dio vuelta.

- Vaya, un poco nervioso tu

compañero, dijo, divertido.

- No es mi «compañero» Max, es el hombre que amo y con quien vivo, respondí un poco molesta.

Logró, sin embargo, sacarme el número del móvil y, de igual manera, la promesa de vernos los próximos días para hablar de los «buenos viejos tiempos», de los cuales, en última instancia, no tenía realmente ganas de hablar.

Forcejé con casi todo el mundo para cruzar la galería a la carrera y llegar con Sacha que me esperaba en el auto, aparcado fuera de la entrada. Cuando el vehículo comenzó a circular, Sacha

esperó un momento (yo no sabía qué decir) antes de preguntar secamente:

- «Los buenos viejos tiempos», ¿me explicas?

Oh, Dios mío, como si nadie hubiera estado antes de mi en este auto...

A pesar de la injusticia de la situación, sentía vergüenza. Siempre tenía miedo de perder el amor de Sacha. Abrí la boca para balbucear una respuesta, pero él me interrumpió:

- ¿Y sé breve, eh? Ahórrate los detalles...

Así que fui breve:

- Al llegar a París después del bachillerato, al mismo tiempo que mis estudios de derecho, tomé clases nocturnas de bellas artes. Estuve de oyente libre, eh, nada especial, pero siempre me ha gustado dibujar, se sentía bien después del bachillerato. Es ahí donde conocí a Maxime, era un auténtico estudiante de arte, especializado en foto, y tenía ya algo de talento. Te ahorro, pues, los detalles, pero pasamos seis meses juntos, y luego me fui y nunca nos volvimos a ver hasta esta noche.

En cuanto a mí, pensaba que el reencuentro había sido bastante bueno,

teniendo en cuenta nuestra ruptura en tan malos términos. Él había intentado varias veces hallarse conmigo y yo lo mandaba a freir espárragos. Hay que decir que, en esa época, él era a la vez frágil e inestable, algo que no me sentía capaz de manejar a los 19 años.

- ¿Sacha? Dije en voz baja.

Volvía la cabeza hacia la ventana.

- Sacha, entiendo ha sido mucho para una noche, tu hermano se disculpa, uno de mi ex reaparece... pero yo estoy aquí contigo, digo, procurando un contacto y poniendo una mano sobre la suya. Y nadie más.

Se volvió lentamente hacia mí. Su expresión era extraña, contradictoria. Podía ver que tenía un aire contrariado, pero sabía reconocer esa mirada llena de deseo. Él se rió como para sus adentros.

- Soy un ridículo, ¿no es así?, dijo. Confieso que ver a ese tipo mirarte con morbo de la cabeza a los pies, con la lengua fuera, me ha vuelto loco.

El auto nos dejó enfrente del edificio. El andar de Sacha fue recio hasta llegar al ascensor. Apenas al cerrar las puertas, se apretó contra mí, ebrio de deseo, con la mirada cargada, las manos ansiosas de mi cuerpo.

- Me ha vuelto loco pensar que él te había tocado, Liz, susurró, apenas con aliento.

Nunca se habla lo suficiente acerca de los beneficios de los celos en la vida amorosa...

[Adéntrese en la narración de este abrazo en... Sacha, me perteneces...](#)

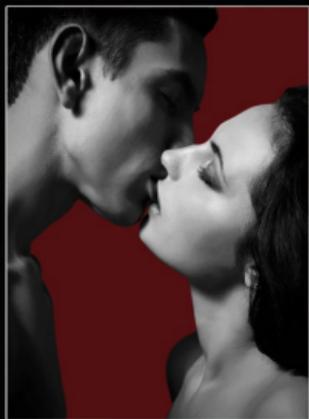
En la biblioteca:

Sacha, me perteneces...

El reencuentro entre Liz y su ex novio Max Kult ha encendido en Sacha el fuego de los celos. ¿Cómo imaginar que la mujer que ama pudo pertenecer a otro hombre? Al estar a solas nuevamente con Liz, Sacha tiene la intención de hacerle entender que sus sentimientos son únicos y que ella le pertenece por completo. Los celos encienden los corazones y los cuerpos. ¿Cómo puede Liz resistir? ¡Sumérgete en el mundo sensual de Lisa Swann, autora de la exitosa serie Poseída!

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

**Sacha,
me perteneces...**



5. Cada quien sus errores

Después de una noche así, Sacha y yo nos despertamos con la mirada radiante. La sorpresa por las disculpas de Ethan así como el inesperado reencuentro con Maxime (*¡perdón, Max Kult, usted disculpe!!*), Todo estaba olvidado.

Sacha me dio un beso rápido en los labios antes de levantarse y desaparecer en su tocador donde le oí silbar «My Girl», y cuando me levanté y eché un

vistazo para ver qué hacía, lo sorprendí en plena coreografía improvisada de Temptations.

Se volvió al oírme reír y me escabullí hacia el baño, tarareando «You are the sunshine of my life».

¡Empieza una hermosa jornada!

En el auto que nos llevaba a la oficina, Sacha consultaba su correo electrónico en el iPhone mientras yo, poniendo una mano en su muslo, veía la vida de la calle con ojos soñadores y ausentes.

El teléfono de Sacha comenzó a sonar

y volví la cabeza hacia él. Él veía la pantalla del dispositivo, pero rechazó la llamada. Lo inquirí con la mirada.

- Es Malcom Strangley de nuevo, me explicó. No deja de llamar. Hace dos días, ha hecho depositar la maleta que le había dejado. Obviamente él no quiere mi contribución anónima, sino que quiere hablar conmigo a cualquier precio.

Pareció pensar por un momento.

- Me pregunto también cómo consiguió mi número de celular... Seguramente mamá debió dárselo, agregó.

- Y tú, ¿cómo sabes que él está llamando, dado que rechazas todas sus llamadas? Le pregunté.

- Porque nos hemos llamado, a pesar de todo, desde hace días, antes de que él devolviera la maleta. Le llamé desde la oficina.

Le miraba aún, levantando una ceja, previniendo lo que vendría.

- Le llamé porque, a pesar de todo, quería asegurarme de que Gena no regresaría a un refugio para indigentes. Pero al parecer, mamá y Malcolm se han encargado.

Y como aún le miraba sin decir nada,

aunque le sonreía, dijo:

- ¿Qué, Liz?, exclamó.

- Nada, le contesté, cerrando mi mano sobre su muslo.

Me incliné para besarlo.

- Te amo, Sacha.

De inmediato volvió a su aire de hombre de negocios y le tocó el turno a mi teléfono para timbrar. Miré la pantalla, era Max Kult.

Maldición, desde la mañana...

Ya había recibido un mensaje de él, el cual había descubierto al encender mi

teléfono esta misma mañana. Un mensaje breve que había sido enviado a mitad de la noche, y el hecho de que él pensara en mí a una hora tan tardía no era realmente un buen augurio.

[Encantado de verte tan hermosa, Liz. ¿Nos llamamos en el día? Besos. Max]

El teléfono sonaba todavía. Rechacé la llamada. Cuando levanté la mirada, Sacha me observaba con cara de preocupación.

- ¿A ti también te molestan desde la mañana? preguntó, frunciendo el ceño.

Suspiré, avergonzada.

- Sí, era Maxime.

El rostro de Sacha se ensombreció.

- ¡Hey, vaya que no pierde el tiempo!
¿Y quién le dio tu número?

Aquí viene un enfado...

La mejor táctica para defenderse es, a menudo, atacar, y de pronto fingí estar ofendida.

- Bueno, fui yo. ¿Quién quiso que así sea, Sacha? Me dejaste con este tipo diciéndome que me apure, hice lo que pude para deshacerme de él rápidamente y no supe decirle que no cuando me

pidió mi número.

Su mirada se suavizó de pronto.

- Ok, sé que fue estúpido de mi parte, continué, arrugando el ceño. No pensé que volvería a la carga de esa manera...

Sacha se mofó.

- Pero ¿qué esperabas, francamente? me dijo. ¡Este tipo tenía la mirada saciada de Elizabeth Lanvin! ¡Si yo no hubiera estado allí, él hubiera intentado ir por todo! Él no va a dejarte ir así como así. ¿Qué vas a hacer, Liz?

Mierda, cómo joder un día que

empezó bien... ¡Gracias, Maxime!

¿Qué tenía que hacer? ¿Qué tenía que responder? Me veía mal dando explicaciones a Sacha, mientras la simple mención de Max Kult lo trastornaba, los detalles de mi complicada relación con este hombre. Tenía que salir de este enredo con estilo y sobre todo, ¡sobre todo!, sin que Sacha supiera nada.

- Voy a ser claro con él, le contesté. Le pediré que deje de llamarme, le recordaré que tengo una vida, etc.

- Sí, y hay un hombre en esta vida, sobre todo, refunfuñó Sacha.

El auto se detuvo frente al edificio de Goodman & Brown. Sacha me sostuvo la puerta abierta y nos enfilamos derecho hacia el ascensor, cada uno rumiando sus pensamientos ensombrecidos.

Sentí vibrar sin parar mi teléfono en el bolsillo...

Después de tres llamadas sin respuesta y dos que rechacé, me decidí finalmente a afrontar una discusión con Max Kult, y ser clara y categórico con él. Me levanté rápido de la silla para cerrar la puerta de mi oficina. Más valía

que nadie escuchara...

¡Y en especial, esta perra de Natalia que puede arruinarlo todo! ¡Ya tengo suficientes problemas!

- ¡Hola! Dije con voz molesta.

- Oh, ¿te levantaste con el pie izquierdo, querida? Hola, preciosa. Soy Max. Eres muy complicada de localizar, por así decir... Una verdadera mujer de negocios... Si no supiera que trabajas en el prestigioso bufete de Goodman & Brown, creería que tratas de evitarme.

¡Venga, aquí estamos! Lo que más me temía de Maxime: Su tendencia a hablar solo sin escuchar lo que tenía que

decirle, centrarse en sus puntos de vista sin abrirse al diálogo, y peor aún, su capacidad paranoica de analizar a todas sus presas... yo ya había pagado el precio en el pasado. Cuando estábamos juntos, ya que nos frecuentamos amigablemente durante tres semanas, me había dado cuenta de que ya sabía todo sobre mí, hasta mi talla y mi marca favorita de yogur!

- ¡Hola, Maxime! (*Eso era para debilitar su ego sobredimensionado...*) No, no me levanté con el pie izquierdo y sí, estoy muy ocupada. No te oculto que me molesta que llames cada media hora mientras yo estoy hasta el cuello con mis expedientes...

- Hey, eso acaba con el reencuentro sorpresivo, respondió. ¡Estoy seguro de que tu novio te ha regañado ayer por la noche!

- Por segunda vez, Sacha no es mi novio...

- Sí, creo entender, es también tu jefe, me interrumpió. Se pasa un buen rato con los empleados tu jefe, por lo que veo.

Vaya lío, ¡este tipo es imposible!

- Maxime, mi vida privada no es asunto tuyo, que yo sepa...

Una vez más, me interrumpió.

- ¡Hey! ¡Es como si no hubiéramos sido íntimos tú y yo!

Yo bullía de coraje, con ideas asesinas desarrollándose en mi mente.

- Lo que hayamos vivido no te da ningún derecho sobre lo que ahora vivo que yo sepa, le dije, levantando la voz. Creo que tu comportamiento está bastante fuera de lugar, Maxime, y tenlo por seguro, es muy invasivo.

- Tranquila, cariño, creo que hemos partido de supuestos equivocados. Retomemos todo desde el principio.

Sin dejarme oportunidad y aún sin recuperar su aliento, prosiguió:

- Hola, Liz. ¿Cómo estás? Me ha dado un gran placer verte anoche. Estoy muy feliz de que todo vaya bien para ti, y me decía que sería agradable que tomáramos una copa o cenáramos juntos.

Yo buscaba una pared con ansias locas de estrellar ahí mi cabeza.

- Es decir que no tengo mucho tiempo, Maxime.

- ¿Digamos mañana? Eso te da tiempo de preparar una excusa para escapar de las garras de tu jefe... Uy, estoy de broma, hermosa mía...

Nunca tuvimos el mismo sentido del humor y, cuando me acordé del chico

indeciso que había conocido, de pronto hallaba su seguridad muy peligrosa... Tenía que deshacerme de él a cualquier precio.

- Mañana, no va a ser posible, Maxime. Nos llamamos la semana próxima, ¿vale? Voy a estar más disponible, le dije.

- La semana que viene estoy en Milán para una sesión, Liz. Y no sé por qué, tengo la sensación de que voy a tener que correr tras de ti.

¡Bien, sólo tienes que correr!

- Bueno, ¿digamos que a tu regreso, entonces? Propuse, tratando de parecer

sincera.

- No es posible, guapa. La exposición de la galería parte a Europa y yo hago una especie de gira promocional junto con ella... ¿Te has vuelto tan adulta que serías capaz de esperar dos meses antes de vernos de nuevo? Porque, te lo estoy diciendo ahora, Liz, no es mi caso. Hey, ¿sabes qué podemos hacer? Te llamaré mañana por la mañana y acordamos un almuerzo rápido, ¿ok?

De repente, me exalté y, sin medir mis palabras, empecé a gritar:

- Maxime, ¿me escuchaste o qué? ¡Te he dicho que no! NO, ¡N-O! ¡Déjame en paz!

Y le corté la comunicación, inmediatamente después apagué mi móvil, el cual arrojé a al fondo del cajón. Entonces me dirigí a la recepción para dar el número de teléfono de Maxime a la empleada pidiéndole que bloqueara sus llamadas.

- Se trata de un enfermo que me está acosando, le dije para justificarme, pero no demasiado intenso. Ni siquiera sé cómo consiguió mi número.

Aproveché para ordenar un emparedado que devoraría en mi oficina. En el almuerzo, Sacha se asomó por la puerta, también parecía estar ocupado.

- Liz, bajaré a tomar un poco de aire fresco y voy a traer algo de comer. ¿Vienes conmigo?

Con la boca llena de mi emparedado, le mostré mi almuerzo y con la otra mano, el expediente que me ocupaba.

- ¿Todo bien, cariño? preguntó Sacha, intrigado.

Agité las manos sobre mi cabeza, a riesgo de hacerme un peinado de lechuga y pastrami, para hacerle entender que tenía trabajo hasta el cuello. Mi representación cómica le hizo sonreír.

- Ok, dijo. ¿Y has resuelto el problema de Max Kult, entonces?

Así es, respondí *¡qué vergüenza!*, con un gesto franco y sin ambigüedad, el puño cerrado y el pulgar arriba, algo propio de un jugador de fútbol o de un miembro de una pandilla, no lo sabía, pero lo que quería decir era que todo estaba bajo control de ahora en adelante. Sacha me mandó un beso y desapareció.

Esa fue mi primera mentira.

Alrededor de las 16 horas, justo cuando David salía de mi oficina

después de haberme ayudado a desentrañar algunas complicaciones en un expediente que yo no manejaba bien, mi teléfono fijo timbró. Era el número de la oficina Sacha.

- ¿Sí?, le dije.

- Liz, ¿tienes cinco minutos? ¿Puedes venir, por favor? me preguntó antes de colgar.

Su tono no anunciaba una diversión gratuita ni travesuras improvisadas. Tuve un mal presentimiento. Fui a su oficina con las piernas temblorosas. Cerré la puerta detrás de mí. Sacha se echó hacia atrás en su silla y volvió la pantalla del ordenador hacia mí,

observando mi reacción.

- ¿Me explicas eso, Liz? dijo secamente.

Y allí, en la pantalla, se mostraba una foto de mi persona más bien desvestida, acostada en una cama envuelta por un velo artístico que podría haber sido más escandaloso.

Vaya, ¿no habría podido adelgazar un poco en cinco años?

La foto en blanco y negro era sobria y para nada vulgar. Era una imagen de juventud, los primeros pasos de Maxime, y tenía que admitir que debí

estar mal de la cabeza para haber podido posar para él.

- Bueno, soy yo, dije balbuceando como una tonta.

Sacha estaba legítimamente fastidiado y su irritación parecía remachar mi respuesta estúpida.

- Te he reconocido, gracias, Liz -dijo con un tono cortante. Me parece que tu ex tiene mucha clase, sabes. Pensé que habías resuelto el problema, pero es obvio que él no está al tanto. Acabo de recibir este correo electrónico suyo. Así que comienza de manera muy profesional, ¿eh?, lamenta que no me

haya quedado para admirar su trabajo, etc. Él propone enseguida enviarme algunas fotos inéditas que guarda para los coleccionistas y, bingo, en el lote que me envía, me encuentro con una foto tuya ¡Desnuda!

¡Vaya, Sacha está súper enojado!

No hace falta señalar que no estoy completamente desnuda, prefería más bien tranquilizarlo.

- Pero te aseguro que creía haber resuelto el problema esta mañana, le dije a Sacha. No sé, cuando una mujer te pide que la dejes en paz, sabes a qué se refiere, ¿verdad?

- Bueno, evidentemente, o es duro de oído o se venga de ti, respondió Sacha. ¿Quieres que me encargue, Liz? ¡Porque si hay que hablar con él de hombre a hombre, puedes contar conmigo!

Sospeché que esto le habría aliviado, pero yo estaba muy asustada y seguramente equivocada, que todo esto se intensificara y Maxime contara cosas sobre mí, aunque yo no tenía nada que reprocharme, él era muy capaz de mentir sólo para sembrar la duda.

- Yo me ocupo, Sacha, te lo juro, me desharé de este tipo, le dije antes de volverme hacia la puerta, incómoda.

De vuelta en mi oficina, volví a encender mi celular y envié un mensaje a ese maldito Max Kult para acordar una cita y almorzar al día siguiente en un lugar lo suficientemente lejos de la oficina para asegurarme de no encontrar a nadie. Tenía que dejar las cosas bien claras (incluso mi mano en su cara) de una vez por todas. Inmediatamente recibí de parte suya un «coool, querida, see you tomorrow xxxx», que me dieron ganas de hacer estallar mi móvil a golpes de tacón.

Por la tarde, de regreso al apartamento, me controlé para asegurarle a Sacha que había tenido una larga discusión con Maxime e incluso

había amenazado con dejar que Sacha se involucrara si se negaba a dejarme en paz. Sacha parecía creerme, estaba agotado por su jornada y siguió haciendo llamadas telefónicas al extranjero. En cuanto a mí, pretendí estar agotada y me sumergí un buen rato en una tina caliente mientras maldecía haber mentido otra vez al hombre que amaba.

Logré evitar discretamente la mirada directa Sacha hasta el momento de la cita con Maxime, la tarde siguiente.

Cuando llegué a la pequeña cafetería donde almorzaríamos, Maxime ya estaba allí. *¡Mucho mejor, lo vamos a resolver*

en un santiamén! Se puso de pie para darme un beso y me senté frente a él lista para atacar con saña. Pero él atajó.

- Liz, me disculpo sinceramente por lo que hice ayer... dijo con un aire francamente contrito. Enviar ese mensaje a tu pareja era completamente estúpido de mi parte y terriblemente grosero. No sé qué me pasó, en fin, lo sé, estaba realmente herido por lo que me gritaste por teléfono, yo creo.

Y sin darme cuenta de que él revertía la situación sin mi conocimiento, me hallé confundida y quise disculparme.

- Discúlpame, Max, le dije. No sé

por qué empecé a gritar así. Pero no dejas hablar, supongo que esa es la única forma que he hallado para hacerme escuchar.

Tenía un aire verdaderamente apenado y triste. Nada que ver con el fotógrafo hipster de la galería, tan seguro de sí.

- Confieso que me he comportado como un chaval, ¿no? admitió levantando sus ojos de cocker abandonado. Pero estaba tan feliz de verte, era una verdadera coincidencia la de encontrarnos allí, casi milagrosamente, debe significar algo, ¿cierto, Liz?

Vi a dónde quería llegar y tuve mucho cuidado de no dejarle ninguna oportunidad.

- Por supuesto que es lindo hallarte después de todos estos años, dije en el tono de novia buena. Pero tengo a alguien en mi vida, Max, y creo que es el indicado para toda la vida.

- Me alegro por ti, Liz. El hombre de tu vida, ¡guau! Es lindo, eh... A mí, lo que más me gusta en la vida, son las buenas sorpresas que nos reserva y las segundas oportunidades que nos ofrece. Y, sabes, la otra noche, pensé, héla aquí, mi segunda oportunidad, porque la mujer de mi vida, eh, siempre has sido tú, Liz.

Con los ojos llorosos, la tez sombría, Maxime se inclinó sobre la mesa para tomar mis manos entre las suyas y, aunque me resistí, tenía paradójicamente mucha fuerza para un hombre tan triste.

- Liz, Liz, Liz, repitió, sacudiendo la cabeza, dejando las lágrimas correr por el borde de su nariz. Tú no sabes nada del calvario que viví después de nuestra ruptura. Los intentos de suicidio, los medicamentos, las estancias en el hospital psiquiátrico... no sabes nada de eso. Y aun cuando le dí vuelta a la hoja, que dejé de echarme la culpa del fracaso de nuestra historia, aunque retomé una vida normal e incluso me hice de un lugar soleado, nunca he sido capaz de

amar a otra mujer después, nunca tuve una historia de amor después de ti...

Miré angustiada a todos lados, intentando zafar mis manos de las suyas, fuertemente asidas a mis dedos.

- Max, tienes que comprender que no era posible lo nuestro y que no lo será tampoco hoy. Encontré al hombre que me conviene, nos amamos y deseo, a partir de ahora, que nos dejes tranquilos.

Zafé mi mano de su asir desesperado y me levante de un salto.

- ¡Si insistes, te puedo asegurar que vas a meterte en problemas! Lancé antes

de largarme, dejándolo allí, con la cabeza gacha y los hombros sacudidos por los sollozos.

Pasé tres días terribles afligida por las mentiras que había usado con Sacha y, por supuesto, no había ninguna duda de que le dije que había visto a Maxime y lo que pasó. Un mal resfriado se aprovechó para confundirme por completo y me enterré durante todo el fin de semana bajo el edredón. Me hice consentir por Sacha mientras albergaba un horrible sentimiento de culpabilidad.

Pero las llamadas telefónicas habían

cesado, así como los mensajes de texto. Sacha no había recibido otros correos desagradables. Tal vez le había lastimado, pero Maxime había entendido que era mejor que me olvidara.

Eso era al menos lo que yo pensaba...

Los lunes por la mañana no son nunca los de un día fácil, pero aquella mañana de lunes, sin duda la recordaré toda mi vida. Estos últimos días de tranquilidad me habían dado esperanza de que todo estaba en orden. Maxime debía estar en Italia, y Sacha y yo éramos aún los mismos enamorados, reencontrándonos para un grato desayuno antes de salir en ruta a la oficina.

Mientras untaba meticulosamente mi pedazo de pan, Sacha comenzó a hojear la prensa, la cual, como por arte de magia, era entregada todas las mañanas en la mesa del vestíbulo. Yo amaba estos pequeños hábitos, escucharle hojear el periódico con una mano, mientras que con la otra, revolvía el azúcar en su taza de café.

Aquél lunes por la mañana, tuve la sensación de que sus gestos se endurecían de repente. Y cuando alcé la mirada hacia él, él me miró con una mirada totalmente perdida.

Esbocé una sonrisa, levantando las cejas, sólo para entender lo que estaba

sucediendo. La explicación llegó rápidamente. Sacha tomó el papel desplegado ante sí y lo deslizó hacia mí.

La portada del *New York Post* se extendía ante mí. Miré hacia abajo para descubrir una foto mía en blanco y negro, mucho más decente que aquella que Maxime había enviado a Sacha. Un retrato deslumbrante de una mujer riendo a carcajadas, en quien me reconocía, unos años más joven. Debajo de la foto, un encabezado: «La actual conquista del millonario Sacha Goodman fue la primera musa del célebre Max Kult.» Azorada, sólo pude entender que citaban mi nombre en el brevísimo cuerpo del artículo.

No me atrevía a encarar la expresión de Sacha, atrapado en un torbellino de emociones contradictorias. ¿Era un último regalo de Maxime? ¿La confesión de que admitía su derrota y me dejaba vivir mi vida? ¿Que me dejaba disfrutar toda mi felicidad?

Cuando por fin levanté mi rostro hacia Sacha, él me miró a la vez con asombro y ternura.

- Tu belleza es evidente, Liz, y lo que sé de ti sólo la amplía, dijo, con un nudo en la garganta.

Como me había quedado sin palabras, continuó:

- Hay una sola cosa que me molesta...

Negué con la cabeza sin entender a dónde iba. Se inclinó hacia el diario para apuntar con el dedo a esas escasas palabras impresas: La actual conquista del millonario Sacha Goodman.

- Hubiera preferido que se hablara de ti de otra manera..., murmuró, apesadumbrado.

El tiempo se suspendió...

- Pero se puede arreglar, añadió con una sonrisa antes de levantarse y acercarse a mí.

¡Dios mío, aquí vamos!

- Señorita Elizabeth Lanvin, ¿aceptaría usted ser mi esposa? me preguntó, sujetando mis manos entre las suyas.

Un estallido de risas escapó de mi garganta, casi a mi pesar, y me arrojé a sus brazos.

Continuará...

¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

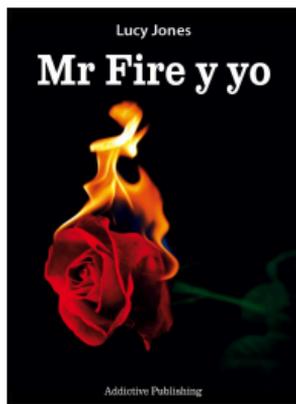
Mr Fire y yo – Volumen 1

La joven y bella Julia está en Nueva York por seis meses. Recepcionista en un hotel de lujo, ¡Nada mejor para perfeccionar su inglés! En la víspera de su partida, tiene un encuentro inesperado: el multimillonario Daniel Wietermann, alias Mister Fire, heredero de una prestigiosa marca de joyería. Electrizada, ella va a someterse a los caprichos más salvajes y partir al encuentro de su propio deseo... ¿Hasta dónde será capaz de ir para cumplir todas las fantasías de éste hombre

insaciable?

¡Descubra la nueva saga de Lucy Jones,
la serie erótica más sensual desde Suya,
cuerpo y alma!

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Tú y yo, que manera de quererte



Todo por él (Multimillonario dominador)



Muérdeme



Toda suya



Mr Fire y yo



Poseída

